

Memoria
III Foro Colima y su Región
Arqueología, antropología e historia

Juan Carlos Reyes G. (ed.)

Colima, México; Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, 2007.

Proyecto de investigación: La Cristiada en Colima

Hiram R. Núñez G.

Universidad Autónoma Chapingo

El texto que se presenta a continuación constituye la posible introducción a un ensayo sobre las determinantes históricas y las causas inmediatas que hicieron posible el surgimiento, desarrollo y posterior derrota del movimiento político contrarrevolucionario dirigido por la militancia católica en algunas regiones del Occidente mexicano en la segunda mitad de la década de 1920, y de manera más precisa en la región de Colima. En éste se anuncian de manera general algunos de los lineamientos que ha de seguir el trabajo, no centrado tanto en los hechos de guerra, que de todos modos tendrán que ser observados por sus consecuencias políticas inmediatas y porque en ellos se expresa el estado político de los combatientes de uno y otro bando, y sí en estos hechos políticos, producto y al mismo tiempo condición del desarrollo de las actividades armadas.

Cabe señalar que el trabajo propuesto ocupará, al concluirse, el último de los capítulos de que en conjunto forman el texto “Ideología religiosa y políticas conservadoras en la historia de Colima. De la Colonia a los albores de la guerra cristera”, tesis de maestría en ciencia política (publicado sin el subtítulo y sin uno de los capítulos por la Universidad Autónoma Chapingo y el Archivo Histórico del Municipio de Colima, en 1996. El capítulo no publicado apareció como folleto

titulado “Doctrina Social Cristiana”, publicado por el Departamento de Sociología Rural de la UACH), y el titulado “Revolución y contrarrevolución en Colima. 1917-1926”, tesis de doctorado en ciencia política (publicado con el mismo título por la UACH y la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Colima en 2006). En estos trabajos revisé bibliografía que daba información básica e interpretaciones diversas y opuestas sobre los asuntos tratados, lo mismo que información obtenida de fuentes primarias en archivos y hemeroteca. Además de revisar críticamente hechos, lugares, nombres, cronología, y de ejecutar todo el trabajo básico en estos casos, busqué las relaciones que les daban sentido para explicar el resultado ya conocido de antemano. En estos trabajos, el marco de referencia es el plano nacional y, en forma más localizada su región occidental en torno a Guadalajara, la región colimense, y más particularmente el Estado de Colima, que ocupa el lugar central de la observación.

El ensayo sobre la guerra cristera se ha trabajado de la misma manera: revisión bibliográfica, hemerográfica y de archivos, y también, conociendo el resultado de la guerra, se establecen supuestos que lo expliquen.

Al concluir su redacción, el ensayo debe contener la explicación inteligible, sólidamente argumentada, de la evolución que tuvo la lucha guerrera de los católicos de la acción social en medio de una sociedad todavía animada por el espíritu revolucionario, es decir, responder a por qué la contrarrevolución estaba destinada al fracaso, incluso antes del inicio de la gesta cristera, y por qué en toda la región occidental, y de manera específica en Colima, el movimiento político católico no tuvo la fuerza social y política suficiente para echar atrás la revolución y en su lugar restaurar una sociedad y un estado políticos subordinados a la Iglesia católica, bajo el lema del reinado de Cristo.

La Cristiada en Colima.

“Religión, Patria, Libertad, Familia, Propiedad y Unión de Clases”. Más que una mera respuesta provisional y espontánea contra los actos anticlericales del gobierno de Calles, el movimiento político militar encabezado por una parte de la jerarquía católica y su militancia, estuvo animado por un programa político elaborado con los principios de la doctrina social cristiana, enriquecido en el caso - “ejemplar” - mexicano con la experiencia adquirida por el movimiento conservador a lo largo de toda la vida independiente de la nación y, como tal, dirigido contra el régimen político liberal social sostenido por los revolucionarios.

Cuando por facilidad discursiva se acepta el término *revolución* propuesto por algunos de los protagonistas o comentaristas, para calificar este movimiento, ampliamente extendido durante dos años y medio en las regiones montañosas del occidente mexicano, se dice de él precisamente lo contrario de su principal característica. Si algo aborrecían los militantes católicos convertidos en jefes de la guardia nacional, igual que los campesinos incorporados a la tropa cristera y la población que los sostuvo, animó y cubrió en su tarea, era precisamente la revolución que había trastocado su forma de vida, sus tradiciones y costumbres.

Más allá de la derogación de las leyes reglamentarias del ejercicio de las iglesias -demanda respaldada por amplios sectores de la sociedad no necesariamente organizados por la militancia católica- y de los artículos 3, 5, 27 y 130 constitucionales -exigencia ésta limitada a la sociedad católica directamente influenciada por la acción social ordenada en la doctrina oficial del clero-, los cristeros esperaban con su lucha la derogación de la constitución política en conjunto. Su ideal vacilaba, en todo caso, entre recuperar la constitución de 1857, sin las Leyes de Reforma, y el adecuar una nueva constitución más acorde al ideal puesto en el imperio de Iturbide. En su programa, pues, no cabía “la revolución que no es, en suma, sino el Estado sin Dios...”, pero sí la “Epopéya Vendeaná”, la contrarrevolución.

Reconocer la lucha del ejército libertador cristero y de las organizaciones políticas y sociales de donde salieron sus jefes militares y políticos, sus capellanes, como respuesta a las restricciones impuestas por la autoridad gubernamental, con el carácter de una lucha defensiva, legítima, no impide reconocer el marco más amplio, si así quiere figurársele, el antecedente histórico que permita admitir igualmente el carácter ofensivo, el plan de restauración, de reconquista, como solían y gustaban decir los cristeros acerca de los propósitos no particulares ni del momento con los que se animaban.

La ofensiva gubernamental, por su parte, tampoco fue producida por meras circunstancias coyunturales propiciadas por el afán personal del caudillo en turno y sus allegados, pues éstos se hallaban determinados a su vez, como corriente política identificada con la revolución y el liberalismo, por una historia común con la correspondiente conservadora, hecha a través de alternarse la primacía en el poder, disputándolo. Sin desconocer el peso decisivo de las personalidades en las cuales se concentra el poder político producido por la sociedad e inadvertidamente despojada de él, sin subestimar la capacidad que estos individuos llegan a adquirir para precipitar o contener en un momento dado los acontecimientos preparados largamente por las fuerzas sociales, son éstas, a través del movimiento y con el

sentido que se descubren al rehacer la historia, las que posibilitan la existencia del caudillismo como expresión sustituta de la democracia política, apenas ofrecida en su tipo ideal y siempre realmente pospuesta.

La ofensiva de los revolucionarios, ajena a la democracia, como muchos más de sus actos, pues la poca convicción democrática del presidente se sostenía sólo en la manera formal con que esta práctica política se realizaba entonces, permitía a los conservadores, por su condición de fuerza social política vencida, adquirir en su propaganda el tono defensivo adecuado a sus propósitos de reorganización, de recuperación de bases sociales suficientes con las cuales pelear los derechos perdidos y más. Pero así como en el bando de los agrupados en torno a la revolución con sus distintas expresiones e interpretaciones había diferencias acerca de cómo, con qué fuerzas, con qué relaciones y con qué ritmo realizar tal o cual de sus empresas, lo que les producía enfrentamientos, rupturas, reagrupamientos y nuevos mandos, en el campo conservador sucedía algo similar.

Pese al apoyo del gobierno carrancista en el plano nacional, y del presidido por Felipe Valle en el Estado de Colima, el partido católico no podía salir de la postración en que le dejó la derrota sufrida a manos de los ejércitos revolucionarios, por haberse aliado al movimiento contrarrevolucionario encabezado por Victoriano Huerta. Luego de valorar su papel en las elecciones por la presidencia de la república contra Álvaro Obregón en 1919, los militantes del catolicismo social empeñados en recuperar poder económico, político e ideológico sobre la sociedad y el estado mexicanos, tuvieron que reconocer que el campo legal electoral no era el más apropiado para desarrollarse y lograr su objetivo. En adelante, a lo largo de la primera mitad de la década de 1920, y tal como lo hicieron en el pasado porfiriano, sus actividades político sociales se apegaron a la formación de cuadros políticos -incluido el reclutamiento de seminaristas-, a la promoción de organizaciones gremiales de acuerdo a la orientación doctrinaria en la materia y, en fin, a recomponer sus fuerzas dirigidas a contener y echar atrás la revolución.

Así, sin considerar los cambios producidos en las relaciones y en la conciencia sociales a partir de aquélla, atados al esquema político organizativo delimitado por la doctrina social, los militantes católicos se dieron a la tarea de recuperar la experiencia obtenida por sus antecesores inmediatos en las postrimerías del porfiriato y, sin reconocerlo de ninguna manera como una debilidad, restringieron su posible área de influencia a sectores sociales que en las condiciones posrevolucionarias se hallaban en decadencia -rancheros y medieros en el campo y artesanos y pequeños comerciantes en los centros urbanos, y por

supuesto las familias devotas alrededor de la iglesia y sus empresas educativas y de beneficencia-, aunque de no poca importancia todavía en el occidente mexicano.

La conocida historia de la participación de la jerarquía eclesial y los militantes católicos contra la revolución -primero aliada a Huerta contra Madero, luego contra los ejércitos campesinos y contra el constitucionalismo y su producto político- no había terminado simplemente sin consecuencias en la sociedad. En las capitales de Jalisco, Michoacán y Colima, los tres centros urbanos más importantes en la región occidental -sin considerar las poblaciones del Bajío ni las de Aguascalientes, Nayarit y sur de Zacatecas y Durango, más alejadas de esta observación-, más seguramente en las dos primeras sin que dejara de ser cierto en la pequeña ciudad de Colima, la disolución del orden social porfirista era notoria en medio incluso de la recuperación momentánea de quienes se empeñaban en su rescate, y en los términos de lo que aquí interesa esto significaba la disolución, así fuera parcial, de vínculos de subordinación, mando, respeto y obediencia tradicionales y su reemplazo por los modernos derivados de la revolución.

Por su parte, las organizaciones laborales alentadas por el programa político de los revolucionarios -ahora éste con carácter de ley- crecieron desarrollando sus actividades lo mismo con los trabajadores de las obras y servicios públicos que con los de las pocas industrias y los abundantes talleres manufactureros y artesanales característicos de la estructura económica regional, y al hacerlo limitaron el trabajo de la militancia católica, centrada particularmente en este último contingente como lo indicaba su orientación doctrinaria.

Si en los tiempos de la dictadura ya resultaba marginal el alcance que esta orientación pudiera tener, ya que los movimientos social políticos se anunciaban entre los trabajadores de las industrias más que en las organizaciones mutualistas de artesanos y pequeños comerciantes, donde presumían hacer su trabajo social las organizaciones católicas, en los tiempos posrevolucionarios esa tendencia se acentuó, facilitada por la necesidad del régimen de sostenerse con la incorporación de esos trabajadores y los de los servicios públicos dentro de su peculiar estructura político laboral, sin dejar de todos modos de intentar lo propio con quienes eran el objeto específico de los católicos.

También en el vasto medio rural de la región, reducto de las fuerzas conservadoras asociadas a las relaciones de mediería típicas del sistema predominante de haciendas y ranchos, con ser mucho menor el trastrocamiento del orden respecto del habido en las capitales y en los abundantes pequeños

centros intermedios entre lo rural y lo urbano, en su debida proporción, la revolución no había dejado las cosas igual que antes. Por aquí y por allá, a lo largo y ancho de toda la región donde hizo su lucha de resistencia el ejército cristero, grupos de agraristas -producto de la misma sociedad alterada- se hicieron presentes al lado o al frente de los soldados de línea en muchas de las posiciones que fueron disputadas durante la guerra, y así rompieron la idea de un pueblo unido sin fisuras en torno a una particular ideología religiosa y su correspondiente política conservadora opuesta a esa manera de hacerse justicia afectando la propiedad y todos los valores a ella asociados.

Al lado de la Asociación de Guadalupe o de los Caballeros de Colón, la Asociación de la Vela Perpetua, y otras más también piadosas, dedicadas a difundir y poner en práctica las orientaciones políticas de la Iglesia católica en materia social, destacaba la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM). Formada y dirigida por la jerarquía eclesiástica para promover y organizar la fuerza política necesaria en el combate contra el régimen liberal social, pronto halló entre sus filas criterios diferentes acerca de cómo realizar sus objetivos. La misma división que atravesaba al episcopado mexicano en torno a cómo proceder ante la revolución, oponerse o no y en qué grado, y con qué elementos políticos, encontró su equivalente en las asociaciones seculares a su servicio.

Por un lado la dirección nacional de la ACJM, más apegada a los dictados de la jerarquía, orientaba sus acciones a reforzar la institución eclesial antes que a la organización y formación de sus fieles. Más dedicada al estudio y la oración que a la acción, esta corriente acejotaemera fue la que se desarrolló también en Colima, quizás porque no hacía falta más, ya que los propios gobernantes, al menos hasta abril de 1925, procedían políticamente en el mismo sentido conservador. En el occidente mexicano, con capital regional en Guadalajara, no hubo tanta contemplación. En el seno de la ACJM y de otras asociaciones político religiosas dedicadas a impulsar la formación de cooperativas, sindicatos católicos y otras organizaciones y eventos social políticos encaminados a reforzar la presencia del catolicismo social, surgió la Unión Popular (UP), cuya dirección verdadera se hallaba en la "U", organización secreta a la misma jerarquía católica oficial, aunque auspiciada por algunos de sus miembros más radicalmente conservadores.

Más conscientes de la debilidad que arrastraba el catolicismo social, los militantes de la "U" se inclinaban a formar un movimiento popular sólidamente asentado en el conocimiento y en la práctica del catolicismo "formal", y en la organización disciplinada de amplios sectores populares que supieran defender la

causa católica y reivindicar el derecho de Cristo rey y de su iglesia a gobernar sobre la Tierra. Más prudentes también, por lo mismo, en su relación con el régimen político, al que estaban decididos a combatir siempre y cuando no fuera en condiciones desventajosas para ellos, como las prevalecientes todavía después de 1925, cuando algunos sectores de militantes católicos ya se habían decidido por la guerra.

La respuesta que pudiera dar la población católica a un probable llamado de la jerarquía eclesiástica para iniciar el movimiento armado contra el régimen de los revolucionarios, a partir de la defensa de las libertades democráticas violentadas con la reglamentación del artículo 130 constitucional y las reformas al código penal, era en cambio apreciada de manera optimista por la ACJM, es decir, por la jerarquía católica -al menos la parte mayoritaria que la animaba- y la curia romana, con quien ésta consultaba sus decisiones. La organización de jóvenes católicos organizados de acuerdo al modelo de la acción social francesa, aliada a viejos dirigentes del PCN, se había convertido prácticamente en la dirección de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDLR).

Ajena a ese tipo de populismo con el que se identificaba y había ganado influencia la UP en la capital tapatía y su área de influencia inmediata, los acejotaemeros orientaban su actividad no en función del estado que guardaba la conciencia social entre los católicos, sino en el número de éstos en la sociedad mexicana, poniendo el acento en el aspecto formal del problema. No obstante su oposición abierta a los procedimientos de la democracia política, los dirigentes de la LNDLR se propusieron demostrar que la mayoría católica de la población no aprobaba las medidas gubernamentales dirigidas a limitar la actividad del clero y rechazaba, como el episcopado en 1917, la vigencia de los artículos constitucionales que atentaban contra la dignidad eclesial. Esperaban con esas pruebas de propaganda más que la reconsideración del gobierno mexicano, la negativa del apoyo a éste por parte del gobierno norteamericano, presionado por el clero católico y las compañías petroleras de allá, de quienes, además, estos militantes de refinadas prácticas urbanas esperaban ayuda para desarrollar, ora sí, la acción militar, seguros de contar de veras tras de sí con todos esos católicos, o al menos ilusionados en hacer creer eso a sus potenciales patrocinadores.

Los conspiradores aquellos, más cercanos al mundo rural pues los mismos centros urbanos así se mantenían en gran medida en el occidente, tocados del mismo entusiasmo contra la revolución que los ligueros, confiaban más, hasta ese momento, incluso cuando éstos se decidieron con el apoyo de la jerarquía local y romana por el movimiento armado, en la extensión e intensificación de la

organización y la propaganda católicas y no combatir “a pedradas” a un enemigo que lo hace “con ametralladoras y a cañonazos”, bajo pena de “perder ridículamente”. Aun así, los favoritos de la jerarquía, confiados en las provisiones que vendrían del norte estimaron la situación en los mismos términos que manejaban en su propaganda, vencieron la resistencia de la UP -de la “U”-, gracias a cuya participación pudo sostenerse la guerra tanto tiempo, y alentaron y decidieron iniciar la lucha armada, si no a pedradas sí con escaso armamento y menos organización para ejecutar a una voz la insurrección programada, perdiendo de entrada la oportunidad de impactar debidamente a la tan apreciada opinión pública nacional e internacional y ganarla a su favor contra el gobierno de los revolucionarios aliados -así los veían- del protestantismo y la masonería.

Antes de haberse desencadenado la guerra cristera, cuando tuvieron su auge las movilizaciones masivas contra las leyes persecutorias, pudo advertirse que no todas las fuerzas del catolicismo resultaron ser lo beligerante que sus dirigentes esperaban, y entre las que sí, no reinaba la armonía suficiente para iniciar una empresa de tal proporción y gravedad al llamado de un mando único. Igual que la revolución había intensificado sus acciones guerreras siguiendo las vías abiertas por el desarrollo social precedente, de manera desigual en la nación y en las regiones, la lucha por restaurar un estado preliberal partiendo de la defensa de la libertad religiosa encontró su cauce allí donde una larga historia había construido relaciones sociales, culturales, de probada resistencia a las formas modernas desatadas desde el inicio de la vida nacional independiente.

Del total de las fuerzas católicas extendidas en todo el país, sólo las del amplio occidente mexicano respondieron al llamado a la lucha armada, y allí no en todas sus regiones ni de manera inmediata.

Destacaron por su respuesta positiva, eso sí, muchas de aquellas donde menos había penetrado el espíritu secularizador renovado por la revolución, donde la autoridad eclesial católica aún ejercía poder político sobre amplios sectores de la sociedad, al grado de crear la impresión de plena identidad entre una y otra, y donde la mayor parte de esa población, aparte de la que habitaba en las capitales y en el resto de los pequeños centros urbanos conectados por caminos rústicos, se distribuía atomizada en las serranías, condición que sin duda facilitaba la conservación de las tradiciones.

Sin menospreciar que allí mismo, en las poblaciones lo mismo que en el campo, la simpatía por el movimiento no era lo homogénea que presumían los dirigentes de la LNDLR y no dejaba de haber, además de las autoridades y empleados gubernamentales, gente en mayor o menor número e importancia

opuesta a él, o al menos dispuesta a eludir cualquier compromiso por esa causa, la región bien puede ser considerada como cristera por excelencia. Allí pudieron crearse los contingentes armados más grandes del ejército libertador cristero y se produjeron en consecuencia los hechos de guerra más importantes y definitivos para su desarrollo y fin, dos años y medio después de iniciada. Los “soldados de Cristo”, en parte avituallados por las mujeres incorporadas bajo juramento -igual que se hacía en la “U”, su más probable creadora- a las Brigadas Femeninas Juana de Arco -BB-, campearon particularmente en las regiones al sur de Durango y Zacatecas, Nayarit, Altos de Jalisco, el occidente de Michoacán, el sur de Jalisco y Colima, aprovechando el trabajo político previamente desarrollado por la ACJM y la UP -con la “U” a la sombra- en ese ambiente social, el más propicio a sus objetivos.

Los militantes católicos de Colima, como parte pequeña pero segura de esta región favorable al pensamiento restaurador, realizaron su tarea política sin grandes dificultades mucho tiempo. La oposición a las reformas agraria, laboral y educativa y la reivindicación al contrario de la escuela tradicional orientada por la iglesia, igual que la recuperación del prestigio social de ésta, perdido luego de su alianza con Díaz y Huerta, estuvieron a cargo, como metas inmediatas del movimiento restaurador, no de la militancia católica local, sino directamente de los gobiernos conservadores. En un ambiente político y cultural de por sí favorable a sus prédicas, los acejotaemeros se dieron a la tarea de reorganizar sus fuerzas, incorporar nuevos elementos -en especial individuos jóvenes- y establecer redes organizativas paralelas a la estructura y el funcionamiento de las parroquias.

Pero tal vez el trabajo realizado primero sin prisa, sin el acicate que podía representar a los rebeldes la necesidad de cumplir con las metas propuestas contra la voluntad gubernamental y después a toda prisa, de último momento, con escasa experiencia y contra la voluntad del régimen liberal, no tuvo los resultados deseados. El caso es que el llamado a defender los intereses de la iglesia, confundidos con los de los ciudadanos católicos, tampoco fue aceptado de manera unánime en la pequeña región de Colima -la entidad política y áreas aledañas de Jalisco y Michoacán.

Aun así, en los poblados más pequeños y sobre todo en las rancherías dispersas al norte del valle de Colima, al pie de los volcanes, y en el Cerro Grande, quedaba suficiente tradición viva para animar a jóvenes campesinos, ajenos y hostiles como habían permanecido al conocimiento del mundo moderno entrevisto en los actos de los gobernantes, e interpretado con el auxilio de la doctrina católica, a tomar las armas contra la revolución.

El sistema de haciendas y mediería permite suponer en su interior relaciones de dominación paternalista en sus expresiones laica y religiosa, de obediencia a la iglesia y a los patrones no sólo en lo concerniente a cuestiones de fe y obligaciones laborales sino también políticas, lo que podía traducirse, llegado el momento, en reclutamiento de combatientes contra el estado político explotando el sentimiento religioso, o bien de cruzados por una causa religiosa con medios políticos. Fue en las mismas comunidades rurales y en las pequeñas poblaciones donde las relaciones sociales culturales habían sufrido menos alteración –por haberse mantenido sin cambios significativos el entorno económico político inmediato y/o por el fuerte arraigo de las mismas, por su bien conservado viejo carácter obediente del mandato eclesial-, donde los militantes católicos, acejotaemeros, seminaristas algunos de ellos, originarios en su mayor parte de esas mismas comunidades y poblados y de sus similares del sur de Jalisco, lograron cooptar la mayor parte de sus elementos guerreros y donde también, en consecuencia, contaron con la simpatía de la población que actuó como proveedora de los víveres y protectora de los soldados de “Cristo Rey”.

En el área costera, en proceso de crecimiento poblacional apenas desde la década anterior, la ausencia de tradición del catolicismo “formal” impedía contar con una base de apoyo suficiente en cantidad y con el compromiso para sostener no sólo moralmente a un número considerable de combatientes. Aparte del frustrado asalto al puerto de Manzanillo, realizado por fuerzas agrupadas del ejército libertador del sur de Jalisco, y de las incursiones sin trascendencia realizadas por pequeños destacamentos cristeros en el poblado de Tecomán y sus alrededores, la guerra cristera apenas afectó allí el desarrollo de las actividades económicas, sin conseguir el propósito propagandístico previsto por sus organizadores. La inmigración y el alejamiento de la iglesia que ese movimiento social producía facilitó que en esa área -donde con más claridad podía apreciarse el curso de la sustitución de los cultivos tradicionales y su consiguiente efecto negativo en la estructura agraria tradicional en torno a las haciendas- se desarrollara, al contrario de los anhelos conservadores, el agrarismo comprometido con el estado de la revolución, de la misma manera que éste lo estaba con los agraristas según el pacto constitucional. Pero incluso en las áreas más claramente cristeras, esta manera de plantarse ante la propiedad de la tierra no dejó de manifestarse y complicar la realización del proyecto católico, disminuido social y políticamente en relación a las fuerzas que se le suponían.

En la ciudad capital la tradición mantuvo fuerza suficiente para aportar individuos de los más destacados en el movimiento y para sostener una estructura

de apoyo a los combatientes de Cerro Grande y de los volcanes, y a los que se desplazaban en pequeños contingentes armados en el valle de Colima sin ofrecer base de resistencia al enemigo. La capital vio crecer también, sin embargo, además del número de individuos que, por conveniencia política para mantener el empleo o por convicción -pues los había por ambos motivos seguramente-, se alineaban al lado del estado laico y reivindicaban la tradición liberal nuevamente desafiada, también una parte importante de la población simpatizante quizás de los cristeros pero igual atemorizada por la fuerza estatal -así lo muestra su pasividad en el periodo-, y otra, si no opuesta a la iglesia y a los derechos democráticos de los católicos y sin participar de la actitud beligerante de los jacobinos, sí distanciada del clero a partir de su actuación en la revolución, y cercana más bien a lo que ésta significaba aunque fuera en sus promesas.

Y en cuanto a las organizaciones en las que recaería el peso de la guerra, la "U", que tan bien había sentado sus bases de operación en la capital tapatía y en su entorno, logrando gran penetración en los Altos y en parte del Sur de Jalisco y en el noroeste y sureste michoacanos, en Colima sólo se supone que existió una ramificación formada con algunos Caballeros de Colón. La LNDLR local, en cambio, estuvo formada por el conjunto de esta última asociación y por el de otras piadosas y laborales afiliadas a la Confederación Nacional Católica del Trabajo dirigidas por la ACJM, distantes todas ellas de la idea de establecer una red organizativa y propagandística del tipo de la UP. Por ello los militantes católicos de Colima, más obedientes a la institución que los conjurados a espaldas de aquélla, siendo favorables a la decisión de la directiva de la liga de producir el enfrentamiento armado contra el estado laico -pues se les había enseñado que "solamente el uso de la fuerza, en manos de los católicos, sería eficaz contra la revolución"-, carecieron entonces, si no de entusiasmo sí de la más mínima organización que les asegurara, además del aprovisionamiento de víveres y armas y municiones, comunicación segura con el mando superior en Jalisco y en la ciudad de México una vez abierto el periodo guerrero.

La revolución, acosada por la oposición de las fuerzas aferradas en conservar las relaciones de privilegio del pasado y sobre todo por los vicios concentrados en el régimen político que la realizaba, reducía sus alcances en manos del callismo a los de una lucha político ideológica, necesaria en el proceso de consolidación de un régimen liberal, pero insuficiente a la vez que sobreestimada en su importancia, si lo que en verdad se ponía en juego era la consolidación de un régimen liberal social. En Colima, la destitución del grupo gobernante encabezado formalmente por Gerardo Hurtado Suárez, favorecedor de

la recuperación política de las fuerzas conservadoras, abrió el camino al desarrollo acelerado de esa lucha. El callismo de quienes los depusieron y sustituyeron en el control gubernamental bajo la autoridad de Francisco Solórzano Béjar, se concretó precisamente en hacer ciertos los preceptos constitucionales en materia de laicidad exigidos por el gobierno federal, suficientes en sí mismos para exasperar al clero católico. Éste y sus aliados, dispuestos a no aceptar el sometimiento político al estado nacional laico, alentaron en sus simpatizantes la resistencia pacífica, que muy pronto devino en lucha armada con el consiguiente beneplácito de sus promotores, confiados tal vez en conseguir una victoria con el auxilio de fuerzas provenientes del exterior de la nación y con una insurrección masiva de todos los católicos mexicanos.

Como se sabe, la intervención extranjera en apoyo a los cristeros no se produjo ni estuvo nunca a punto de producirse, y en las regiones del occidente mexicano donde la guerra alcanzó sus más altas expresiones, con todo y el apoyo masivo con que contaron los combatientes de Cristo en calidad de rey, no se realizó una verdadera insurrección popular. Más que por la fuerza implícita del movimiento cristero, su derrota pudo posponerse hasta dos años y medio después de haberse abierto la contienda, debido en parte a las continuas amenazas de división que aparecieron en el frente de los revolucionarios, alentadas por disputas relacionadas directamente con el conflicto político religioso y la forma de enfrentarlo, aunque también, de manera más general, a propósito del rumbo y los medios convenientes para construir el nuevo régimen.

Pero también el desgaste del conservadurismo tradicional resultó evidente al fin de la jornada, y la que se esperaba fuerte y decisiva resistencia capaz de recuperar no sólo los derechos democráticos negados, sino un régimen en donde ni necesidad hubiera de hablar de esos derechos y se reconociera valor sólo a los dichos de origen divino, quedó reducida a una tenaz lucha que, no por incapaz de poner en peligro la existencia del régimen sí fue capaz, ciertamente, de distraer fuerzas de otra manera tal vez dedicadas a reclamar la realización de la revolución social.

El guión con el que hasta ahora se ha organizado el material para su presentación es el siguiente:

La Cristiada en Colima.

Introducción

1. El campo de batalla

- Historia regional.

- El estado de la revolución en Colima.
- 2. La guerra santa (o: El fusil bajo la cruz, o: La gesta -o la epopeya-cristera)
 - Soldados (o: Cruzados) de Cristo rey.
 - Mártires en los volcanes y fractura en el partido católico.
 - Reorganización y ataque a Manzanillo.
- 3. Unidad del frente revolucionario y derrota cristera
 - Fundación del PNR.
 - Los arreglos.
- 4. El fin de una época.